

otro,» como él mismo decía, refugióse en París, que es donde suelen refugiarse los curas arrojados de sus diócesis por indisciplina, por libertinaje ó por temeridad de doctrina. El dogma de la *Inmaculada Concepción* le había excitado en grado sumo: esto explicaba el grito proferido después del asesinato. Había atacado públicamente la reciente decisión de la Iglesia, tan públicamente que había sido necesario prohibirle las funciones del sacerdocio. Ese rigor había acabado de exasperarlo. En el loco orgullo de su espíritu mal equilibrado, había supuesto en el arzobispo un odio personal contra él: de ahí sus iras y el atentado que cometió.

La magnitud del crimen, la claridad de las confesiones, la actitud del culpable que no manifestaba remordimientos, ni pesar, ni emoción, todo simplificaba la misión de los jueces. Sin embargo, quedaba un punto sin aclarar: Verger ¿no era más bien un maniático que un criminal? Se recordaban las singulares expresiones del acusado y las numerosas incoherencias de su vida; se añadía que su madre y uno de sus hermanos se habían suicidado; se citaba una carta reciente del obispo de Meaux, que le escribía en estos términos: «Creemos que necesitáis ser cuidado en una casa de salud (1).» A pesar de estos indicios, la medicina legal no vaciló en afirmar la responsabilidad del culpable. En la noche del 29 de enero, veintiséis días después de la comisión del crimen, Verger fué guillotinado en la plaza de la Roqueta.

Este trágico acontecimiento suspendió por algún tiempo las discusiones de los católicos. Cuando quisieron reanudar sus querellas, se avergonzaron algo de continuarlas sobre la tumba recién cerrada del primer pastor de su Iglesia. Interpusieron prudentes consejos. Se vino á una transacción entre el padre Cognat y *El Universo*. Este retiró su demanda y aquél se comprometió á no reimprimir su libro. Poco tiempo después se reanudaron las luchas, que se prolongaron durante los años de 1857 y 1858, aunque sin estrépito. Por fin, en 1859, se abre un nuevo período: en este período, que describiremos más adelante, los católicos olvidarán, momentáneamente al menos, sus disputas interiores para defender de común acuerdo las prerrogativas amenazadas del Pontificado romano.

## VI

Aunque excesivamente ruidosas, esas querellas no absorbían enteramente á la sociedad cristiana. Su actividad encontraba otros alimentos y se desplegaba por mejores vías. El movimiento de resistencia religiosa, inaugurado después de 1830, continuaba.

A principios del Imperio el clero acabó de instalar los establecimientos de segunda enseñanza creados en virtud de la ley de 1850. Estas casas de educación fueron numerosas, tan numerosas que en ciertos departamentos, como el del Norte, se perjudicaron unas á otras por su multiplicidad. El más ilustre de los oradores sagrados, el padre Lacordaire, no se desdeñó de dirigir en persona una de las nuevas escuelas. Retirado al si-

(1) Audiencia del Sena: defensa (*Gazette des Tribunaux*, 18 de enero de 1857). Añádase un hecho que la defensa no reveló. Poco tiempo antes, un informe del tribunal de Melún había propuesto la internación de Verger en un manicomio.

lencio, aunque no al reposo, restauró en el departamento del Tarn el antiguo colegio de Sorèze, lo confió al cuerpo docente que él había fundado y se consagró á fomentarle y embellecerlo. Esta obra había de ser para él la ocupación humilde y bendita de sus últimos años. En aquella hermosa soledad en que el silencio invitaba al trabajo, él hubiera querido organizar todo un conjunto de instituciones literarias y científicas, inaugurar, según su propia expresión, un *Puerto-Real católico* (2), y su alma, apaciguada en los comienzos de la ancianidad, se replegaba gozosa en sus pensamientos.

La ley de 1850, al suprimir el monopolio de la segunda enseñanza, había mantenido las leyes existentes en materia de enseñanza superior. Entonces hubo en la Iglesia cierta tendencia á romper, por esta parte también, las antiguas trabas. Habíase creado ya una escuela de estudios superiores con el nombre de *Escuela de los Carmelitas*. El arzobispo de París, monseñor Sibour, tenía mucho empeño en que su clero, si se completaba algún día la ley de 1850, adquiriese el mayor grado de ilustración posible, y estimulaba ya á los alumnos de sus seminarios para que tomasen los títulos universitarios.

En la antigua Francia existía una corporación que había dejado hermosos y grandes recuerdos de prudencia, sabiduría y tolerancia; esta era la Congregación del Oratorio destinada á la predicación y á la enseñanza superior sobre todo. En 1852, el padre Gratty, el padre Petetot y el padre Valroger la restauraron; á su llamamiento acudieron algunos jóvenes discípulos que ya se revelaban llenos de virtudes y promesas: tal era el abate Adolfo Perraud, hoy tan justamente ilustre; tal era también el abate Perreyve, de quien monseñor Sibour decía: «Será un día el honor de mi diócesis,» y lo fué, en efecto, y lo hubiera sido aún más si Dios no hubiese abreviado los días de su vida.

Esperando poder tener sus cátedras propias, el clero ocupaba con lucimiento algunas de las oficiales. En la Sorbona, varios de los cursos de la facultad de teología atraían, á pesar de la aridez de las materias, una afluencia inusitada; allí explicaban los abates Maret y Beautin; allí enseñó también el padre Freppel, y, algo más tarde, el padre Gratty, á menudo quimérico y extraño, pero de espíritu eminente, pensador original que en momentos de inspiración se remontaba á veces hasta lo sublime.

Sin embargo, el clero prefería á ese auditorio algo restringido el vasto recinto de sus iglesias. A pesar de la desaparición del padre Lacordaire, monseñor Sibour había tenido empeño en mantener la obra de las *Conferencias de Nuestra Señora*. Pero el padre Ravignán, debilitado ya por sus dolencias, había agotado sus últimas fuerzas en aquella predicación; en 1853 le reemplazó otro jesuita, el padre Félix, que había de retener durante años la atención pública, no por los dones exteriores que la naturaleza le había negado, sino únicamente por la claridad de su doctrina y la austera convicción de su fe.

Donde la sociedad cristiana, eclesiástica ó laica, revelaba toda su fecundidad, era en las fundaciones benéficas. Confidente de los generosos sacrificios que se

(2) M. Foisset, *Vie du P. Lacordaire*, tomo II, pág. 296.

realizaban entonces, monseñor Sibour solía decir: «En ninguna parte se da más ni mejor que en París.» La sociedad de San Vicente de Paúl, fundada en 1833 por Ozanam y sus amigos, adquirió entonces, á pesar de algunos recelos oficiales, su completo desarrollo: no sólo multiplicó sus afiliaciones, sino que extendió por todas partes el círculo de sus obras; á la visita de los pobres se añadieron los patronatos de escolares y aprendices, los vestuarios, las bibliotecas, las cocinas económicas, las escuelas nocturnas, las cajas de ahorro para alquileres. Otras creaciones numerosas atestiguan una solicitud particular para todos los infortunios. En 1853 establecióse una obra, bajo los auspicios de monseñor Sibour, para niños incurables. Cinco años después los Hermanos de San Juan de Dios abrieron en la calle Lecourbe otra casa destinada á la infancia enferma. Multiplicáronse las casas de caridad, las casas-cunas y las salas de asilo. Para la educación profesional de muchachas, las fundaciones fueron tan numerosas que se perdió la cuenta. En 1853, una pobre mujer, de humildes recursos y de gran corazón, instituyó con el nombre de Hermanas de San Pablo una comunidad destinada á recoger y cuidar ciegos. Abrióse, en fin, numerosos refugios para ancianos: en 1842, de la piadosa inspiración de una sirvienta ayudada por dos muchachas, había nacido en San Servando la orden de las *Hermanitas de los pobres*; durante el Imperio, las Hermanitas, instaladas en la calle de San Jaime desde 1851, desarrollaron en París su Instituto: se establecieron en 1851 en la calle del Regard; en 1853, en la calle de Picpus; en 1854, en la calle de Nuestra Señora de los Campos. Por muchas necesidades que tuviesen todas esas obras, los recursos faltaron raramente: «Dad mucho, decía un día el padre Gratty, abrid vuestros corazones á la compasión, á la misericordia, al amor. Amaos, dad osadamente, locamente.» Este lenguaje encontraba en París oídos dignos de escucharlo y almas dignas de practicarlo.

Aquellos hombres que así daban «osadamente, locamente,» que daban su dinero, su tiempo, su corazón, habían acabado por ser conocidos, de tal manera multiplicaban sus excursiones caritativas, y á menudo se asombraban de que en todas partes les designasen por su nombre. Con frecuencia se les veía, por la mañana muy temprano, cruzar rápidamente el Luxemburgo, seguir por las calles de San Jaime y de Enfer, por el Observatorio y por la calle Montparnasse, por todos aquellos barrios que son el asilo habitual de la miseria y el dominio privilegiado de la caridad. Varios de aquellos celosos servidores del sufrimiento se hallaban rodeados de particulares bendiciones: tal era el ilustre Ozanam; la última vez que se le vió á la cabecera de los enfermos era á fines de 1852; estaba muy mal de salud y llevaba en el rostro las señales del agotamiento de fuerzas; después ya no se le volvió á ver, y con él desapareció una de las almas más admirables de este siglo. Otros estaban destinados á una carrera más larga y casi tan santa: el venerable Sr. de Melún, que de la caridad había hecho una profesión, y la más ocupada de todas; Adolfo Baudón, presidente general de las sociedades de San Vicente de Paúl; Cornudet, consejero de Estado, funcionario íntegro, independiente en presencia del señor, humilde en presencia de los pobres; Co-

chin, «el más parisiense de los católicos y el más católico de los parisienses.» Por aquellos mismos barrios de la margen izquierda del Sena se vió pasar más tarde un cura todavía joven y ya ciego, pero siempre en busca de alguna miseria que aliviar, de alguna alma que salvar; le conocía todo el mundo; á su aspecto, algunos se apartaban; en cambio muchos se acercaban á él para pedirle un consejo ó solicitar un beneficio: ese cura lo hemos encontrado ya en Roma, en medio de las grandezas mundanas que no hizo más que atravesar: era monseñor de Segur.

Aquella caridad ingeniosa tenía sus inspiradoras, tenía sobre todo dos, de origen muy diferente, pero que merecen ser puestas en parangón.

La una era madama Swetchine, rusa de alta distinción, domiciliada en París desde joven, cismática de nacimiento y convertida, después de largas dudas, al catolicismo romano. En su casa se reunían casi todos los días la mayor parte de los hombres de bien cuyo recuerdo acabamos de evocar. Allí se elaboraban, en medio del ruido de las conversaciones corrientes, todos los piadosos proyectos que habían de servir á la Iglesia, socorrer á los pobres y reconquistar para Dios las almas indecisas ó descarriadas. Aquella mezcla de mundanidad y de devoción hubiera podido prestarse á la crítica. El arte de madama Swetchine consistió en evitar toda extravagancia y en impedir que su salón se transformase jamás en oratorio ó en oficina de ingenio. Escrupulosa hasta la austeridad para sí, practicaba con los demás é inspiraba en derredor suyo la tolerancia. La verdad que ella había buscado obstinadamente con su inteligencia, la expresaba suavemente con su corazón. No predicaba nunca sino con el ejemplo, pero sabía despertar muy bien las sanas inspiraciones. Debía á su naturaleza algo mística y también á su origen griego cierta sutileza que á veces llegaba hasta el refinamiento. Pero en los momentos graves, cuando de sus consejos podía depender alguna importante cuestión pública ó privada, su lenguaje se despojaba de todo aquel refinamiento, para ser sensato y agudo, firme y tierno á la vez. Los personajes á quienes aconsejaba eran los más ilustres de su tiempo: Montalembert, Falloux, el padre Lacordaire y otros. Ningún hombre resistía á su dirección, que parecía casi infalible, y aseguran que para las mujeres fué una verdadera Hermana de caridad; y ejercía su dominio moral con esa natural sencillez que es el fruto de la verdadera modestia. En la época á que nos referimos, madame Swetchine se acercaba lentamente á la vejez, no sin crueles sufrimientos, pero con la serenidad tranquila que da la certeza de las cosas futuras. Sus dolencias no le inspiraban más que un solo temor, el de que sirviesen de obstáculo á sus activas costumbres benéficas. «No pidáis á Dios, decía á sus amigos, ni un día más, ni un sufrimiento menos.» En sus horas de ocio, de soledad, de insomnio, le gustaba recoger al azar sus pensamientos y apuntarlos al lápiz, lo que, según su propia expresión, era como hablar bajo. Así dejaba, sin querer, las huellas permanentes de la rara distinción de su espíritu, pues aquellas hojas sueltas, reunidas luego por un amigo fiel, habían de valerle una fama póstuma que ella sin duda no ambicionó jamás.

La otra inspiradora de la caridad parisiense en aquella época habitaba una modesta casa de la calle de l'Épée-

de-Bois (la Espada de palo), en el arrabal de San Marcelo. No era en un salón, sino en un humilde locutorio de las Hijas de la Caridad donde prodigaba los tesoros de su alma. En la sociedad, que no había hecho más que atravesar, se había llamado Juana Rendu. Todos los desgraciados la conocían por el nombre de Sor Rosalía. Cincuenta años de profesión religiosa la habían iniciado en todas las miserias, en todos los sufrimientos, en todos los vicios y en todas las virtudes del pobre. En aquel arrabal de San Marcelo, ora exaltado hasta la cólera, otra triste hasta la consternación, había visto caer todas las calamidades, la guerra civil, la epidemia, sin que su corazón valeroso y tierno se turbase jamás. El espectáculo continuo de las miserias endurece á menudo hasta las almas más caritativas. Sor Rosalía no había podido ni querido acostumar su corazón al sufrimiento, y, al oír sus palabras de una efusión compasiva, hubiérase dicho que cada pobre era el primero que ella encontraba. Con el tiempo, el barrio en que ejercía su ministerio vino á ser su reino, y ninguna voz era allí tan escuchada como la suya. Ese reino se había ensanchado. Como el arrabal de San Marcelo, sumamente miserable, tenía recursos ínfimos y necesidades inmensas, la humilde hija de San Vicente de Paúl había postulado fuera, y como las miserias eran desmedidas, había pedido limosnas sin medida también. Todos los que recibían su visita admiraban su firmeza suave, su lenguaje sencillo, su buen criterio, sus miras siempre grandiosas y prácticas. A cambio de limosnas se le pidieron consejos, y ella los dió tan excelentes que pagó con creces las ofrendas recibidas. No tardó en ser la consejera de todas las buenas obras y, por añadidura, la confidente y la consoladora de muchas tristezas ocultas. Cada día, los más ilustres como los más humildes se detenían en la calle de la Espada de palo y entraban en la santa casa. Sor Rosalía no se mostraba superior á los más pequeños ni inferior á los más grandes. En la época á que nos referimos tenía muchos años y muchos achaques; el trabajo había agotado sus fuerzas. Pero, á pesar del peso de la vejez, su actividad no había disminuído, ni tampoco su influencia. Y hacía todo lo posible por velar á los ojos del mundo un ascendiente que ofuscaba su humildad y que ya nadie ignoraba.

Hasta que Dios la hubo llamado á su seno no supo el mundo lo que había perdido. El 7 de febrero de 1856 circuló el rumor de que Sor Rosalía acababa de morir. Al resplandor de los blandones que arden á la cabecera de los difuntos aparecieron todas las nobles acciones hasta entonces cuidadosamente ocultas. Aquella tarde, la noche y todo el día siguientes, un gentío inmenso desfiló por la calle de la Espada de palo, deseoso de dar el supremo adiós á la que ya proclamaban como santa. El día 9 se celebraron los funerales. Desde las primeras horas de la mañana en todo el arrabal de San Marcelo reinaba el impresionable silencio del dolor y del duelo. A las once apareció por la puerta de la casa de las Hermanas el féretro rodeado de las hijas de San Vicente de Paúl, y los curas entonaron los salmos cristianos que cubría á intervalos el ruido de los sollozos. Los habitantes habían querido que los venerados despojos, antes de ser conducidos á la parroquia de San Medardo, recorriesen las principales calles del barrio, como para atraer sobre cada hogar un favor supre-

mo. En los umbrales de las casas los obreros se arrojaban, buscando en su memoria alguna oración que recitar. Cuando la Iglesia hubo terminado el oficio, el cortejo volvió á ponerse en marcha con el mismo aparato humilde y triunfal á la vez, y el féretro, sin más adorno que la pobreza, llegó al cementerio Montparnasse. Después de las postreras invocaciones, el gentío se retiró, pero no todo, pues varios pobres se quedaron llorando y orando junto á la fosa hasta la noche. Los que habían sido sostenidos y consolados por Sor Rosalía quisieron marcar con su recuerdo el lugar de su sepultura. Sobre la modesta tumba que le erigieron grabaron estas palabras: *A Sor Rosalía los ricos y los pobres*. Más tarde se le rindió un homenaje que, como no ofuscaba en nada su humildad, debió serle más grato. Donde estuvo construída la casa de la Espada de palo y en el bulevar de Italia creóse una serie de fundaciones caritativas en memoria de ella y bajo el patronato de Santa Rosalía.

Los que habían visto aquellos funerales no creían que les fuese dado volver á presenciar iguales honores en la muerte. Dios quiso que dos años después los mismos testimonios de solemne pesar rodeasen otra memoria no menos santa y no menos pura.

En 1824, un día en que el padre Ravignán acababa de renunciar al mundo por la Iglesia, monseñor de Freysinous decía de él, señalándolo á sus amigos: «Si hay un reino de Dios, á ese pertenece.» El 26 de febrero de 1858, el santo religioso, después de treinta años de apostólicos trabajos, entró en aquel reino de Dios prometido á su juventud. Como lo había hecho antes en la calle de l'Épée-de-Bois, la multitud acudió en masa al convento de la calle de Sevres en que el padre Ravignán había expirado. Y se repitieron las manifestaciones de general sentimiento, y la misma revelación de actos piadosos y heroicos, y las mismas plegarias algo indecisas en que no se sabía si imploraban á Dios por el difunto ó si invocaban al muerto en su gloria. Después de tres días de lágrimas, pero mitigadas por la esperanza, el mismo coche fúnebre de pobres que se había detenido dos años antes á la puerta de las hijas de San Vicente de Paúl se detuvo delante de la casa de los jesuitas y transportó hasta la iglesia de San Sulpicio los santificados y benditos restos mortales. Como en las exequias de Sor Rosalía, una muchedumbre de toda clase y condición, y hasta de toda creencia, seguía el féretro, y aumentaba la majestad de los funerales todo lo que la pompa humana había desdeñado poner. Mientras la Iglesia celebraba sus misterios, muchas personas recordaban aquella vida tan humilde y tan grande á la vez. En su imaginación veían á su santo amigo en su sillón de magistrado, después en las umbrías de Yssy y por último en su celda de jesuita. Veíanle también en el púlpito de Nuestra Señora, sencillo con una distinción suprema, sin buscar controversias ni tempestades, contentándose con no temerlas, llegando á la elocuencia sin efectismos, sin esfuerzos, y sí únicamente con la unción de su lenguaje, con la autoridad de su convicción, tan sincero que «era la sinceridad misma (1),» predicando su fe menos con los argumentos que salían de sus labios que con la piadosa y serena certidumbre

(1) *El Padre Ravignán*, por el príncipe Alberto de Broglie (*Journal des Débats* del 9 de abril de 1858).

que su alma y su mirada revelaban. Y se complacían en contemplarlo sobre todo en la actitud que le era familiar cuando, alzando hasta el rostro sus manos descarnadas é inclinándose en una semi-genuflexión, parecía invitar su auditorio á la plegaria ó llamar sobre él las misericordias divinas. Antes de que el féretro se alejase hacia el cementerio, el obispo de Orleans, contemporáneo del muerto, quiso rendirle un postrer homenaje. Sus acentos, con frecuencia algo rudos y batalladores, se impregnaron aquel día de admirable ternura; y su adiós mezclado con sollozos recordó los de San Gregorio de Nizancio á San Basilio en los tiempos de la antigua Iglesia. *Defunctus adhuc loquitur*, había dicho monseñor Dupanloup hablando del que había querido tanto. Jamás texto alguno sagrado tuvo una aplicación más literal, pues ninguna de las lecciones de su vida fué tan elocuente como la que se desprendió de su muerte.

## VII

Tal era la sociedad cristiana con sus divisiones y también con el admirable conjunto de sus obras y de sus trabajos. Enfrente de ella el Imperio guardaba fielmente la actitud benévola, aunque reservada, que parecía haber adoptado en definitiva.

Las instituciones de beneficencia eran vistas favorablemente, á menos que por su organización pareciesen ofrecer un abrigo á los partidos hostiles; entonces nacía la desconfianza y se revelaba, aunque de tarde en tarde, por medio de actos mezquinos. La mayor ambición del gobierno hubiera sido subvencionar las asociaciones benéficas, á fin de llegar, por etapas sucesivas, á ser el bienhechor, luego el amo y finalmente el árbitro de las mismas. La emperatriz, con una intención recta y generosa, dejaba adivinar con frecuencia semejanza deseo. Uno de los principales cuidados de los directores de las obras de beneficencia consistía en escapar á esas trabas sin caer en desgracia, y en impedir que una intervención cualquiera, por benévola que fuese, debilitase las iniciativas privadas ó alterase las reglas primitivas de las fundaciones piadosas.

Respecto á las querellas interiores de los católicos, el mundo oficial se guardaba de tomar parte en ellas. Naturalmente era preferido *El Universo*, que no escatimaba los elogios á los católicos liberales, pertenecientes en su mayoría á los antiguos partidos. Pero *El Universo* no gustaba. El emperador era demasiado inteligente para aceptar la menor solidaridad en doctrinas excesivas ó impopulares; aquellas doctrinas, audaces y terminantes, se armonizaban mal con su naturaleza indecisa, complicada y tortuosa. Entre *El Universo* y sus rivales, Napoleón hubiera querido que hubiese un clero y fieles pacíficos, sumisos al extremo de no negarle nada, y tratados en cambio con la mayor equidad. A ciertos prelados este programa les parecía excelente: encontraban á Veuillot muy intolerante y á Montalembert muy altivo, y deseaban abrirse entre los dos una vía segura, fácil y al abrigo de las tormentas.

Para hacer prevalecer sus planes, los obispos encontraban entonces un camino expedito. Varios de ellos tenían entrada libre hasta en el gabinete del emperador, y se aprovechaban de ello, no para pedir un cambio de

leyes, puesto que Napoleón III estaba resuelto á no consentirlo, sino concesiones de detalle. Solicitaban la introducción de las Hermanas de la caridad en los hospitales, un cumplimiento más fácil de los deberes religiosos en el ejército, una educación más cristiana para los niños de los hospicios; insinuaban, en fin, que sería oportuno asegurar á la enseñanza libre una participación en la colación de grados. Napoleón III escuchaba las peticiones con afabilidad; las olvidaba luego, pero á menudo volvía sobre ellas cuando nadie lo esperaba. Lo que encantaba á los obispos era el amable cuidado que ponía el gobierno en no entorpecer en lo más mínimo sus correspondencias con el Padre Santo ó sus viajes á Roma. Como monseñor Pie diese por ello un día las gracias al emperador, éste replicó muy afablemente: «Es muy natural; ¿no es bueno que todo poder se remonte de vez en cuando á su fuente (1)?» Uno de los prelados más influyentes seguía siendo el señor de Bonnechose, que empleaba su crédito en predicar la unión. «Cuanto se haga en provecho de la Iglesia y en detrimento del Estado, decía, redundará en perjuicio de la Iglesia; y, recíprocamente, lo que se haga en detrimento de la Iglesia y en provecho del Estado redundará en perjuicio del Estado.» El emperador aprobaba mucho tan juicioso lenguaje. El Sr. de Bonnechose se permitía entonces exhortar al soberano para que utilizase todos los buenos elementos de la sociedad francesa y escogiese bien sus agentes. A esto, Napoleón III no contestaba nada ó eludía la cuestión. «No tengo á mano el personal que yo desearía, repetía á los obispos que le señalaban á veces la malevolencia ó el espíritu avieso de ciertos funcionarios. He hecho insinuaciones que no han sido escuchadas.» Cuando los prelados insistían, el soberano les aconsejaba irónicamente que se quejasen á sus diocesanos legitimistas ú orleanistas. «Traédme los, dijo un día maliciosamente, y os prometo emplearlos.»

En 1857 empezó á notarse cierta lasitud en la alianza. Luis Veuillot, hasta entonces tan favorable, manifestó alguna frialdad. «Decididamente, escribió en un momento de mal humor, Napoleón no es más que un Luis Felipe perfeccionado (2).» Los católicos se quejaban de que se dejase á los periodistas antirreligiosos entera libertad de atacar al clero, á la Iglesia y sus dogmas, y de que la defensa, por el contrario, fuese menos favorecida. En esto, el obispo de Moulins, el Sr. de Dreux-Brézé, de resultas de ciertas dificultades diocesanas, fué citado ante el Consejo de Estado y pronunció un fallo de apelación. Habiendo protestado la prensa religiosa, *El Universo* recibió una amonestación, y para que la balanza estuviese en el fiel, recibió otra el *Correspondant*. Al mismo tiempo notóse que se dejaba una inusitada latitud á las correspondencias italianas para ensalzar al Piamonte, denunciar los abusos del régimen pontificio, censurar al gobierno de los cardenales y deplorar la ceguera del papa.

Esas nubes (¿pueden llamarse tales?) no hicieron más que cruzar el horizonte. Las masas católicas permanecían muy fieles, de una fidelidad que en ciertas ocasio-

(1) Mgr. Baunard, *Vie du cardinal Pie*, tomo I, pág. 569.

(2) *Correspondance*, tomo VI, pág. 171.

nes se convertía en entusiasmo. De ello se tuvo la prueba cuando, en 1858, el emperador y la emperatriz visitaron la Bretaña, que aún no conocían. Dábase á ese viaje una importancia particular. Dicha provincia pasaba por ser obstinadamente fiel á la monarquía, de modo que las aclamaciones recibidas en aquella región tendrían doble valor. Los prefectos prepararon muy bien el terreno para las manifestaciones y encontraron celosos auxiliares en los curas. Cierto es que no se omitió nada para dar á la excursión imperial un carácter piadoso hasta transformarla casi en peregrinación. «El emperador ha querido celebrar su fiesta en Santa Ana de Auray, al pie del altar de vuestra venerada Patrona, decía el prefecto de Morbihán... De hoy más, el emperador, la emperatriz y el príncipe imperial se hallarán, como todos los verdaderos bretones, bajo la protección de Santa Ana... Que vuestras aclamaciones digan á Francia que puede contar con vuestra abnegación el soberano que ha devuelto la paz al mundo y su trono á Nuestro Santo Padre el Papa.» Estas palabras encantaron al *Universo*, al extremo de que se constituyó historiógrafo del viaje. Este fué triunfal. En todas partes se presentaron comisiones, presididas por curas y precedidas de banderas, á saludar á los emperadores á su paso, y por las noches, al son del oboe y de las chirimías, hubo danzas del país. El francés, el latín y el bajo bretón fueron empleados para alabar dignamente á los augustos viajeros. Todas las arengas sacerdotales se parecían. Empezaban por ensalzar al príncipe «que la Providencia había suscitado para detener al borde del abismo la Francia y la Iglesia,» y acababan con una petición de subsidio para la restauración del templo ó la reconstrucción del campanario. El emperador contestaba con una amenidad algo distraída, y, siempre generoso, daba sin medida. El 15 de agosto, los soberanos llegaron á Auray, y conforme habían prometido, se arrodillaron ante la santa imagen. Después de haberse repetido mutuamente, durante unos cuantos días, que Bretaña era la provincia más hermosa de Francia y que el emperador era el salvador de la sociedad, hubo que pensar en el regreso. La última etapa fué Ren-

nes, y el obispo, monseñor Brossis-Saint-Marc, se encargó de proporcionar el epílogo. Pareció oportuno que su lisonja superase á la de los simples curas tanto como él superaba á éstos por su rango. «Sobre todo, dijo, conviene que el clero os ofrezca su tributo de gratitud... á vos, Señor, el heredero del restaurador de nuestra santa religión; á vos, el sostén del papado en el siglo XIX; á vos, de todos los monarcas franceses desde San Luis, el más adicto á la Iglesia y á su obra de civilización y de progreso.» A quien le convertía en un San Luis, el emperador no podía contestar mejor que convirtiéndolo en arzobispo. Y así lo hizo. De este modo Rennes, simple obispado, fué convertida en ciudad metropolitana. Por la noche, en un banquete del consejo general, Napoleón quiso expresar por última vez sus simpatías por aquel pueblo de Bretaña, «pueblo monárquico, católico y soldado.» Este fué un adiós á la vieja Armórica. Enrique V no hubiera hablado mejor, ni de distinta manera.

Al día siguiente los soberanos estaban de regreso en París, donde pudieron ver reproducidas en *El Universo* las alabanzas que habían resonado en Bretaña. «Ese viaje, decía Veuillot, es un acontecimiento religioso, su influencia será considerable en el mundo... El emperador ha realizado un acto y pronunciado palabras que valen más que el beneficio de una batalla. Se nos reprocha nuestro celo imperialista: este celo es desde luego el de la religión, después el de la paz civil y, finalmente, el de la gloria francesa, tres cosas que salvarán la libertad (1).»

Sucede á veces que en las lunas de miel los mejores días son los últimos. Era en el momento de oscurecerse para siempre cuando la alianza del Imperio y el clero despedía sus más hermosos destellos. Un mes antes de esa piadosa peregrinación bretona, Napoleón III había hecho un viaje muy distinto. Esta vez el protector del Soberano Pontífice se había encaminado hacia Plombières, donde encontró á Cavour.

(1) *El Univers*, 24 de agosto de 1858.

## LIBRO DUODÉCIMO

### LAS ELECCIONES DEL AÑO 1857

SUMARIO: I (*Extracto del texto de La Gorce*).—La primera renovación del Cuerpo legislativo.—Algunas señales casi imperceptibles que marcan un ligero despertar de la opinión pública.—Últimos trabajos del Cuerpo legislativo; su separación.—De cómo es proclamado el sistema de la candidatura oficial.—El período electoral en los departamentos: eclipsamiento de los liberales y de los hombres de los antiguos partidos: doble solicitud del gobierno para evitar las abstenciones y las luchas entre imperialistas: el Sr. de Montalembert en Doubs.—Período electoral en París: comité que se reúne en casa del Sr. Desmarest y en el cual dominan los hombres de 1848: los «jóvenes» del partido y apoyos que encuentran: escisión: el Sr. Ollivier y el Sr. Garnier-Pagés; las dos listas democráticas: causas que en París sirven de ayuda á la oposición: últimas circulares de Billault y de Haussmann.—El escrutinio (21 y 22 de junio).—Resultados en provincias y en París: comentarios é interpretaciones sobre las elecciones de París: de cómo el *Monitor* cierra la discusión.

II.—Acontecimientos diversos: muerte y funerales de Beránger.—Complot de Tibaldi é indicios contra Ledru-Rollin.—Fiestas del verano: inauguración del Louvre: maniobras en el campo de Châlons: noticias de Kabilia: entrevistas de príncipes en Osborne y en Estuttgart.—Procesos célebres: Dupin en el Tribunal de casación.—Muerte y funerales de Cavaignac.

III.—Reunión del nuevo Cuerpo legislativo: su fisonomía: incidentes temidos y evitados.—La oposición: su debilidad presente é indicios de su fuerza futura: elecciones complementarias.—*Los cinco*.

#### I

Hemos estudiado la sociedad francesa durante los primeros años del Imperio; la hemos estudiado en su gobierno, en sus partidos, en su vida religiosa. Para presentar los hechos al lector desde un mejor punto de vista general, hemos tenido que adelantarnos unas veces á los acontecimientos y, en otras ocasiones, remontar su curso. Ahora debemos reanudar el orden riguroso de fechas y continuar nuestra narración.

Al cabo de cinco años, el gobierno nacido del golpe de Estado y del plebiscito iba á apelar de nuevo al sufrágio popular. El año de 1857 traía, en efecto, la renovación del Cuerpo legislativo. Este capítulo no será largo, pues la docilidad de las masas y el prestigio entonces intacto del poder hicieron que aquella consulta nacional fuese sumaria y poco ruidosa.

No es que algunas señales no hubiesen parecido marcar un ligero, muy ligero despertar de la opinión pública. En algunos centros políticos se hablaba ya de la distribución de los boletines electorales. ¿Serían éstos asimilados á los «libros, escritos ó folletos,» y sometidos por consiguiente á la ley de 1849 sobre la venta pública, ley que obligaba á todo repartidor ó vendedor ambulante á proveerse de una autorización prefectoral? El tribunal de casación, con extraordinario rigor, había consagrado esta interpretación judaica y osado considerar como un escrito la simple papeleta electoral impresa. Pero los tribunales de apelación de Riom, de Lyon, de Amiéns y de Aix habían protestado con sus decisiones contra aquel fallo que habían combatido los principales colegios de abogados de Francia consultados sobre el particular. Los antiguos miembros de la Asamblea legislativa, autores de la ley, se habían alzado contra la extensión abusiva que se daba á su pensa-

miento. Sobre este terreno, los hombres más moderados, los más favorables al gobierno imperial se habían unido en una desaprobación común; y Montalembert, al señalar al Cuerpo legislativo la nueva jurisprudencia, había encontrado en sus colegas un favor discreto que era casi una adhesión.

Otro síntoma era el tono de los periodistas, no osados, pero algo menos tímidos, atentos á aprovecharse de toda tolerancia oficial y echando, por decirlo así, la sonda á fin de ver hasta dónde podían arriesgarse sin estrellarse en los escollos.

A principios de 1857 se publicó un libro que era obra de un diputado de la mayoría, el doctor Verón, y pretendía resumir los trabajos del Cuerpo legislativo. La obra armó ruido, no por el talento, que era nulo, sino á causa de los deseos que parecía interpretar. En un lenguaje lleno de contradicciones y singularmente mezclado de adulaciones y críticas, Verón pedía que los debates del Palacio Borbón fuesen rodeados de mayor publicidad, que el papel del Senado adquiriese mayor importancia y que los periódicos tuviesen trabas menos estrechas: pero se pronunciaba enérgicamente contra toda vuelta al parlamentarismo, y atenuaba tanto su crítica que ésta perdía casi todo su alcance. ¿Qué se proponía el doctor Verón? Su libro era la aspiración de un sibarita impaciente, la humorada de un burgués de París revoltoso, la venganza de un hombre descontento del papel secundario y despechado de haberse quedado en el camino? En aquel libro muchos creyeron ver el programa colectivo de algunos diputados y de ciertos personajes oficiales inclinados nuevamente á una política, si no liberal, tolerante al menos.

Tales eran las señales de despertamiento, pero tan débiles que, para discernirlas, se necesitaba tener ojos muy experimentados y un optimismo muy robusto. En